

Supongamos que hablamos de proximidades. De recuerdos. Que hablamos de la historia de una vida. Una vida narrada desde la perspectiva del presente.

En El tacto del ángel, Victoria Rodríguez Cruz nos ofrece la singularidad de su mirada y se atreve a romper la barrera de lo íntimo a través de la fotografía como medio de observación e investigación de la imagen. Su mirada se despliega bajo tres intencionalidades distintas para ofrecer nuevos estados de percepción y pensamiento: la mirada como tal, la mirada como necesidad de análisis y la mirada como anhelo de conservación de la memoria. Bajo estas premisas, Victoria busca en su entorno más próximo la esencia de las personas y los seres que la rodean.

En cada una de las imágenes adivinamos cómo otorga la misma dignidad a cada elemento fotografiado unificándolos bajo unos códigos estéticos similares, incluso a esos seres silenciosos -a veces extraños- que irrumpen en las escenas de su cotidianidad, sirviéndose de la toma fotográfica como un medio para indagar en el gesto del instinto del animal, así como en su relación con ellos, su comportamiento, buscando interactuar con aquello que le es ajeno y que invade su espacio.

Dentro de ese mismo proceso de búsqueda, existe un mayor grado de implicación -entre otras cosas, por su peso afectivo- en la serie Familia. Este trabajo podría considerarse un archivo familiar -o álbum- pero es evidente que la intencionalidad trasciende más allá del mero registro. En esta serie de retratos familiares los individuos se encuentran sumergidos, exentos de todo artificio, de toda apariencia, donde parecen conectar a través del agua con su origen, y donde Victoria da como válidas aquellas capturas en las que reconoce la personalidad y temperamento de cada uno. Tanto el acto de fotografiar como de entregarse a ello supone toda una confesión de generosidad y empatía, una demostración de confianza. El amor, el miedo, la necesidad de entrega, de cuidar y de ser cuidado son unas constantes en las relaciones con nuestro entorno, y existe entre la presente selección de fotografías una imagen que representa esa necesidad del otro, ese en quien nos proyectamos. Dos mujeres -hermanas- se aferran entre sí, una de ellas padece Alzheimer. El aspecto formal de la fotografía alberga una gran potencia visual en la que no podemos obviar lo que está sucediendo: la víctima busca afianzarse en su cuidadora como en un intento de simbiosis, buscando un refugio no sólo físico sino emocional en aquella persona en la que poco a poco se está convirtiendo.

Pero es una de las piezas la que alberga la expresión del más intenso de los vínculos: la complicidad existente entre una madre y una hija. Observamos unas piernas con la piel marcada de historias. Intuimos su postura e intuimos de igual modo la calma que proporciona la aceptación de su destino. Se trata de su madre, quien no se encuentra completamente sumergida como el resto de la familia: la dignidad de la que se dota en este caso al sujeto es mayor, no está completamente a la merced del agua sino que se encuentra en superficie, a salvo; se encuentra ahí por decisión propia. El hecho de realizar la fotografía conlleva desplegar o duplicar la imagen del ser amado, así como su recuerdo, convirtiéndose en un objeto casi místico. Cuando Roland Barthes habla en La cámara lúcida sobre la fotografía de su madre en el invernadero, aquella en la única que la reconoce, menciona: "ella no se debatía con su imagen, tal como hago yo con la mía: ella no se suponía". Son interesantes estas palabras de Barthes en tanto que habla de la pose fotográfica como un supuesto de nosotros mismos: cuando posamos no somos, sino que nos suponemos. Aquí tampoco existe debate con la imagen, puesto que la esencia de la madre aparece de manera explícita en sus piernas, en su hija, en sus medallas: "en sus medallas está su historia". En esta obra vemos a la madre, vemos al padre -su ausencia- y vemos a Victoria.

La promesa del tacto se palpa en cada imagen como una de las máximas expresiones del afecto, pero pocas veces en su fotografía llega a materializarse. De ese modo retiene el deseo de que el contacto ocurra, frágil y complaciente, como el tacto del ángel -que nunca llega-. En definitiva, Victoria nos habla de la grandeza de lo más cercano, de la afinidad, del afecto, del deseo de conservarlo, poniendo de relieve la importancia que puede albergar un sólo gesto. Nos demuestra que fotografiar es mirar de frente al recuerdo y desafiar al olvido. Quizás sólo quería hablar de los aspectos de sí misma que aún permanecen ocultos. Aunque, desde ahora, cada vez menos.

María Arregui Montero